

Dos años de guerra en Ucrania, ¿y ahora qué?

En la guerra de Ucrania los países de la OTAN no han conseguido que muchos Estados democráticos del “Sur global”, como Brasil o la India, por ejemplo, acepten al 100% sus tesis y otros simplemente se han desentendido al considerar que es un asunto del “Norte global”. En otros términos, y más allá de un arbitrario debate ideológico sobre derechas e izquierdas al respecto, presentar la guerra desencadenada por la Rusia de Vladimir Putin contra Ucrania como la de un enfrentamiento entre una dictadura y una democracia no acaba de funcionar desde un punto de vista internacional, pese a que encierre una buena parte de verdad. En efecto, se trata de una guerra iniciada por un régimen autocrático imperialista contra un Estado soberano

cuya democracia es manifiestamente mejorable, pero con potencial real para corregirse y desarrollarse una vez concluya la fase armada de un conflicto provocado unilateralmente por Putin. Rusia es una clara potencia imperialista reaccionaria y autoritaria y no un país semiperiférico acosado por la OTAN y víctima de ésta, sin ignorar que ha recurrido a unas argumentaciones injustificables para la invasión de Ucrania. Cuando de forma no solo absurda, sino deleznable Putin afirma querer “desnazificar” Ucrania, al margen de que el único que actúa con los procedimientos más violentos y agresivos de la extrema derecha es él, en realidad, lo que en el fondo significa es que ese país debe “desucranizarse”, toda vez que para el autócrata





ruso tal nación no existe, fruto de un desgraciado y erróneo invento de los bolcheviques. Contra más dure la guerra más se reforzará la identidad ucraniana contrapuesta a la rusa, todo lo contrario de lo que esperaba Putin que ha perdido irremediabilmente y para siempre la menor posibilidad de que los ciudadanos de ese país tan arbitraria e injustamente agredido puedan “sentirse” rusos. La *ucranización* no solo es imparable, sino que es abrumadoramente mayoritaria y en todos los ámbitos, como el lingüístico, el cultural o el religioso, por ejemplo.

Sin duda, Ucrania presenta carencias democráticas no bien subsanables mientras dure la guerra, pero debe quedar claro que su régimen representativo está a años luz de la autocracia rusa en términos de pluralismo y derechos, con todas sus imperfecciones. Se pueden criticar algunas restricciones a ciertas formaciones de la izquierda ucraniana que han sido consideradas cómplices de Rusia y siendo ello en buena medida cierto, no puede ignorarse que otros sectores claramente progresistas apoyan sin fisuras la resistencia de Ucrania. Se pueden criticar las políticas económicas del gobierno de Volodimir Zelenski excesivamente proclives a tesis neoliberales (desregulación laboral, privatizaciones de empresas y tierras con escasos controles y excesivas facilidades para los inversionistas occidentales), pero a la vez hay que reconocerle un notable y difícil esfuerzo para atajar la endémica corrupción. Este último

factor le ha servido de pretexto a la extrema derecha alemana y a las derechas reaccionarias húngara y estadounidense para pedir recortar las ayudas a Ucrania al considerar que no combate bien ese negativo fenómeno. La crisis con motivo del cese del general Valeri Zaluzhny como comandante en jefe, un héroe de guerra sustituido por Oleksandr Syrsky, revela ciertas diferencias no solo militares, sino posiblemente también políticas, si bien el primero ha negado tener ambiciones en ese sentido y ha reconocido de inmediato que la competencia para el nombramiento de ese cargo es exclusiva del presidente, con lo que se ha reconducido una situación potencialmente delicada.

Ucrania está atravesando obviamente una situación económica muy difícil: su PIB ha caído un 40%, 7.1 millones de ucranianos viven en la pobreza, 10.000 civiles y 70.000 soldados (oficialmente solo se reconocen 31.000 militares) han fallecido como consecuencia de la guerra en estos dos años. Ucrania necesita 40.000 millones de euros para mantener la producción y los servicios públicos esenciales este año y por ello retrasar las ayudas financieras a ese país no hace más que disparar la enorme deuda acunulada y el volumen de intereses: a lo largo de 2024 Ucrania tendrá que pagar un billón treinta mil millones en deudas externas e internas, si bien con aplazamientos hasta 2027.



Las operaciones militares.

A estas alturas es evidente que la grotescamente denominada por Putin “operación militar especial” (el término “guerra” está expresamente proscrito y usarlo públicamente puede conllevar sanciones) no ha sido en absoluto un paseo militar y pronto pudo constatar el doble error del 24 de febrero de 2022: Ucrania no se derrumbó y Rusia no estaba preparada para abrir tantos frentes a la vez. Esto obligó a Putin a retirarse del norte y del nor-este para concentrarse en el Donbás y en el corredor territorial con Crimea que le ha permitido controlar totalmente el Mar de Azov. Las brillantes contraofensivas ucranianas en Járkiv y Jersón fueron exitosas, pero la anunciada gran contraofensiva de la primavera de 2023 para cortar en dos tal corredor no pudo conseguir sus objetivos. A partir de aquí se ha abierto una durísima guerra prolongada de desgaste con frentes bastante estancados. Puesto que Rusia ha podido mejorar su tan mediocre rendimiento militar inicial y, además, está dispuesta a arrancar pequeños avances al precio que sea- a veces con pérdidas humanas y materiales enormes- eso le ha permitido triunfos locales simbólicos con la conquista de Bajmut y Avdivka, territorialmente mínimos, pero útiles para la propaganda en vísperas de unas elecciones (marzo de 2024) que no suponen más que una farsa para consagrar el intocable *status* de Putin. La contraofensiva ucraniana de la primavera de 2023 fracasó porque los expertos militares consideran que

un ejército atacante debe ser tres veces superior al que defiende para tener éxito y en esa coyuntura la proporción de militares ucranianos y rusos estaba prácticamente empatada, lo que impidió romper los tres sólidos cinturones que Rusia ha construido en los frentes de los territorios ocupados y esto tuvo un efecto negativo en la moral de las tropas ucranianas y, de rebote, en las opiniones públicas occidentales.

El problema es que el estancamiento y el equilibrio de fuerzas puede acabar de perjudicar a Ucrania si los países occidentales no se vuelcan en rearmarla a fondo para revertir la situación que, de momento, ha pasado la iniciativa militar a Rusia. El actual volumen de ayuda occidental a Ucrania impedirá su derrota, pero no le permite ir más allá y si esto se prolonga no solo será imposible recuperar el 20% del territorio ocupado y robado por Rusia, sino que incluso podría perderse más. Los EUA, el principal proveedor de armas a Ucrania, están en año electoral: Joe Biden está ahora más preocupado por el indescriptible conflicto de Gaza que por Ucrania y Donald Trump ha anunciado que si es presidente- y tiene muy altas posibilidades de conseguirlo- la guerra se acabará en 24 horas ya que cesará de armar a Ucrania y forzará la apertura de negociaciones con Rusia aunque el primer país esté entonces en peores condiciones al respecto.



La recuperación relativa de Rusia.

No deja de sorprender que la gran cantidad de sanciones económicas occidentales contra el régimen de Putin hayan sido tan poco eficaces pues Rusia ha crecido algo más de un 3% en 2023 gracias a las exportaciones energéticas a terceros y gracias a la potenciación de su industria militar. Occidente tiene congelados 330.000 millones de dólares en reservas de divisas rusas, de ahí que se haya sugerido utilizar esos fondos para refinar a Ucrania a modo de reparación compensadora, pero esta posibilidad tiene el riesgo de que Rusia responda con la misma moneda y expropie los importantes fondos occidentales depositados en ese país. Se ha subestimado la capacidad de recuperación de Rusia, un país que puede perder muchos soldados y muchos artefactos de guerra, pero que puede reponerlos sin demasiados problemas a diferencia de Ucrania. Rusia, tras una fase inicial en la que demostró una sorprendente incompetencia militar, ha conseguido sobreponerse: 1) su producción militar es ahora intensa, 2) sus líneas de defensa en el frente casi impenetrables, 3) sus reservas humanas son muy superiores a las ucranianas (en proporción de tres a uno), 4) ha sorteado las sanciones económicas con pocas dificultades, 5) cuenta con las compras de gas y petróleo de China y la India con lo que puede seguir financiando la guerra y 6) obtiene drones de Irán y misiles de Corea del Norte.

Ucrania depende casi exclusivamente del apoyo militar de los EUA (que ahora está dosificando por su apoyo incondicional a Israel en la catástrofe de Gaza) y financiero de la UE, empiezan a mostrarse síntomas de agotamiento en la población sometida a una situación insostenible por la guerra y el país no puede seguir el ritmo de reposición militar que Rusia le impone: en una guerra de desgaste la artillería es clave y la potencia ocupante tiene mucha más. En suma, la superioridad demográfica, la acelerada producción militar y un autoritarismo implacable (el asesinato de Alexei Navalny como último síntoma) hacen a Rusia ahora más peligrosa. La guerra de desgaste supone un enorme esfuerzo para Ucrania en términos militares, económicos y sociales y si se cronifica abre un escenario peor tanto porque Rusia puede seguir avanzando algo más en su ocupación territorial como porque crecerán las presiones para que se abran negociaciones cuanto antes sin importar en qué condiciones para el país agredido. Esto es así porque Rusia puede permitirse tener muchas bajas y perder material militar que puede reponer con relativa facilidad, a diferencia de Ucrania.

Por tanto, en principio, el alargamiento de este tipo de guerra de posiciones- con escenarios que recuerdan las trincheras de la primera guerra mundial- no favorece a Ucrania en todos los ámbitos: dificultades para ampliar la movilización y el reclutamiento, escasez de armas clave para revertir



el estancamiento bélico (Alemania se resistió a ceder los tanques Leopard cuyo envío después autorizó, pero no sirvieron de mucho, y ahora no permite- de momento- el envío de los poderosos misiles Taurus), deterioro grave de las infraestructuras básicas que apenas pueden reconstruirse, riesgo de seria recesión y escasez de mano de obra, de ahí que resulte incomprensible que los aliados occidentales no relancen en todos los ámbitos su apoyo a Ucrania.

La hipótesis de la “finlandización”.

Algunos analistas han sugerido que una paz que diera paso a una *solución* como la de Finlandia tras 1945 podría ser un mal menor aceptable para Ucrania. Finlandia aguantó la agresión soviética estalinista que desencadenó una corta y cruenta guerra en 1939-1940 y aunque perdió el 11% del territorio (Carelia), en 1944 firmó un Tratado con la URSS que, a cambio de la *neutralidad*, le permitió preservar su *soberanía* como Estado. Finlandia fue el único territorio del antiguo Imperio zarista que Rusia no recuperó y con el acuerdo se impuso la doctrina Paasikivi-Kekkonen que permitió al país asegurar su independencia, con un sistema democrático y una próspera y exitosa economía mixta. En 1995 Finlandia ingresó en la UE y en 2023 en la OTAN y, por tanto, es un caso de triunfo de la diplomacia, de ahí que el despectivo término histórico de “finlandización” como sinónimo de país vasallo no haya sido al final de recibo. Aplicando esta analogía

a Ucrania, se ha sugerido que, si renunciara a recuperar el 20% del territorio que Rusia le ha robado por la fuerza de las armas, podría consolidarse como Estado plenamente democrático, desarrollar su economía y entrar a largo plazo en la UE como socio de pleno derecho- factores que, por sí mismos, no serían un logro despreciable-, pero el principal problema de esta hipótesis es que no ofrece suficiente seguridad al país agredido. Aquí está el gran escollo para una eventual negociación entre los dos Estados pues, además de la cuestión territorial- hoy irresoluble-, será muy difícil lograr un acuerdo suficiente que dé garantías estables de seguridad.

Estrategias políticas.

Se ha llegado a una situación en la que ni Rusia puede derrotar a Ucrania ni ésta a la potencia ocupante y Putin no está ahora interesado en abrir negociaciones, sino en ampliar sus conquistas- probablemente limitadas por la tan fuerte resistencia ucraniana- a la espera de que Trump sea de nuevo presidente de los EUA para arrancar un armisticio favorable a sus intereses si Ucrania llega en mala posición en tal eventualidad a principios de 2025 y sin la menor garantía de que no fuera más que un desenlace provisional, a la espera de rearmarse para reiniciar la guerra más adelante. La estrategia occidental de no dejar caer a Ucrania, pero no favorecer que pueda derrotar a Rusia (por ejemplo, cortando en dos el corredor territorial que une el



Donbás y Crimea) tiene más desventajas que ventajas. Por tanto, no sólo no tiene sentido que el apoyo occidental a Ucrania se recorte, sino que no permitirle recuperar la iniciativa militar aún menos porque ello subvalora el peligro permanente que representa el régimen de Putin embarcado en una lógica imperialista que no parece tener marcha atrás, salvo que el coste le resulte inasumible, pero ello requiere que Ucrania no sólo infrinja severas pérdidas a Rusia y le cause retrocesos militares, sino un rearme absolutamente disuasorio para el dictador ruso.

No es que las ayudas militares y económicas occidentales sean pequeñas, pero retener armas estratégicas (Alemania) y bloquear paquetes de ayudas financieras (EUA) impide a Ucrania poder romper el corredor territorial mencionado¹.

En varios países europeos existe el temor de que dotar a Ucrania de las más sofisticadas armas estratégicas podría incrementar los riesgos de que un Putin acorralado tuviera la tentación de recurrir al arma nuclear. Cada vez que el autócrata ruso ha mencionado esta posibilidad viene a reconocer indirectamente y sin proponérselo que la guerra no va en la dirección que él desearía pues tal amenaza es más retórica que real y refleja debilidad y

preocupación. A estas alturas ha quedado claro que Rusia no está en absoluto en condiciones de ocupar *toda* Ucrania pues retener el 20% ocupado le está suponiendo un gran esfuerzo que le impide ir más allá; de ahí que la hipótesis de atacar a países de la OTAN como los Bálticos o Polonia sea inverosímil. Su principal aliado, China, ya le ha expresado a Putin que no pretenda ni usar el arma nuclear- ni siquiera la táctica- ni agredir a países de la OTAN pues lo que menos desea la segunda potencia mundial es la desestabilización internacional y escenarios globales catastróficos incontrolables. Más bien, el problema es otro que es el de la prolongación indefinida de la guerra porque a largo plazo es lo que deteriorará a Ucrania al ser la parte débil, salvo que reciba una inyección militar masiva y decisiva en artillería y proyectiles. Para la UE esta guerra es absolutamente crucial porque apoyar a Ucrania va en beneficio de todos los europeos y parece claro que ha empezado a reaccionar al respecto: ingreso de Finlandia y Suecia en la OTAN, creciente cooperación de la industria militar europea y aspiración a dotarse de mecanismos de coordinación más profunda de sus ejércitos. Si Trump vuelve a ser presidente de los EUA, al margen de sus bravuconadas (los socios que no “paguen”- los que no incrementen al 2% el presupuesto militar- no serán protegidos, algo que

¹ Los EUA han proporcionado en estos dos años de guerra 43.86 miles de millones de dólares en ayuda militar y la UE 5.60 miles de millones de euros (Alemania 17.13 % del paquete europeo) y en financiación la UE 77.14 miles de millones de euros y los EUA 24.96 miles de millones de dólares, según algunas fuentes. Otras dan cifras distintas en el capítulo de la financiación, siempre con clara ventaja europea: UE 130.000 miles de millones de euros y EUA 67.700 miles de millones de dólares.



vulnera el art. 5 del Tratado de la OTAN), probablemente se acelerará la integración militar europea y si los EUA abandonaran la OTAN- improbable, pero no imposible- la creación de un ejército europeo sería imperativa (se recuperaría el Plan Plevén de 1952 incluso con más ambición).

Escenarios de futuro.

En realidad, los escenarios siguen abiertos y es difícil prever qué puede ocurrir: cuando Rusia invadió Ucrania la impresión era que este país no aguantaría y no solo lo hizo, sino que reconquistó mucho territorio, algo que *a priori* parecía muy improbable. Ahora, tras el fracaso de la contraofensiva de la primavera de 2023, algunos consideran que Ucrania no puede ganar la guerra en el sentido de obligar a Rusia a retirarse del todo o casi, pero este escenario podría cambiar si Occidente se vuelca para que no ocurra. El concepto de *victoria* es muy diferente para Ucrania o Rusia: para el primer país es expulsar completamente al invasor, para el segundo lo ideal sería ocupar toda Ucrania, pero Putin sabe que eso hoy no está a su alcance y por ello podría vender como un triunfo lo arrancado a la fuerza. En el fondo, la gran preocupación de Putin no es tanto que la Ucrania no ocupada ingrese en la UE e incluso que obtenga algún tipo de protección de la OTAN desde fuera, sino que se consolide como Estado plenamente democrático porque eso podría tener un posible efecto contagio en Rusia. En lo

inmediato, Ucrania tendrá que vigilar las fronteras septentrionales (el dictador bielorruso Aleksandr Lukashenko es fiel aliado vasallo de Putin) y estar muy atenta a lo que pueda ocurrir en Transnistria, la región separatista prorrusa de Moldavia.

Lo más probable es que se acabe consolidando un escenario de partición del país (80% libre y 20% ocupado), salvo imprevisibles cambios futuros de envergadura, y si dentro de algún tiempo se abren negociaciones para un armisticio serán muchas las claves para saber hacia dónde evolucionarán los equilibrios de poder. En tales negociaciones será determinante verificar en qué posición de fuerza estará cada uno de los dos Estados y lo más difícil será acordar las garantías de seguridad para un alto el fuego duradero. En esas posibles negociaciones sería conveniente que estuvieran presentes los EUA, la UE y China para arbitrar fórmulas que impidan la reanudación de los combates, si bien es cierto que ello podría dar lugar a un escenario como el de las dos Coreas. Ucrania sabe que su esperanza para sobrevivir a largo plazo es no solo la de ingresar en la UE, sino sobre todo en la OTAN pues solo esa doble garantía operará como escudo insuperable para Rusia. En cualquier caso, si hay armisticio Ucrania deberá desarrollar unas fuerzas armadas muy disuasorias y reponer a fondo sus arsenales para hacer imposible o costosísima para Rusia la reanudación de la guerra en el futuro.



Ucrania ya no quiere el estatuto de país neutral por el riesgo de que, tras un armisticio temporal, una Rusia rearmada vuelva a reanudar las operaciones militares. En estas circunstancias, la cuestión más complicada es la de calibrar si será posible el ingreso de Ucrania en la OTAN o de “asociarla” a la misma con fórmulas imaginativas: con las garantías del art. 5, pero sin bases militares occidentales y sin misiles nucleares, por ejemplo. Para que Rusia pueda asumir algo así como inevitable ha de llegar muy desgastada a unas eventuales negociaciones para un armisticio y algún analista (Krastev) ha sugerido un escenario como el de Alemania occidental durante la “Guerra

Fría”: el país estaba dividido en dos, pero la parte occidental formó parte de la OTAN. No sería un mal desenlace para Ucrania, pero para alcanzarlo debe recuperar la iniciativa bélica y reconquistar partes del territorio ocupado y en esto la responsabilidad occidental y europea en particular es altísima.

Cesáreo Rodríguez-Aguilera
Catedrático emérito de Ciencia Política
Universidad de Barcelona



Fuentes de referencia:

- C. Claudín: “Ukraine puts us to the test”, *Cidob Opinió*n, 792, 2024.
- B. Cózar Murillo Y C.D. Villanueva López (eds.): *La guerra de Ucrania. III: De la reconquista de Jersón al estancamiento*, La Catarata, Madrid, 2024.
- R. English, A. Lieven, A. Little: “Lecciones soviéticas para la guerra de Ucrania. Dossier”, *Sin Permiso*, 13 enero 2024.
- S. Gratius (coord.): *Democracias y autoritarismos frente a la guerra de Ucrania*, Tecnos, Madrid, 2014.
- I. Krastev: “Is Ukraine’s future West Germany?”, *Financial Times*, 16 febrero 2024.
- A. Lieven, G. Beebe: “¿Cuánto puede resistir Ucrania? Dossier”, *Sin Permiso*, 21 enero 2024.
- J. Mankoff: “Russia’s War in Ukraine: Identity, History, and Conflict”, *CSIS- Center for Strategic and International Studies*, 26 abril 2022.
- I. Petrenko: “Cambios en el bloque de poder de Ucrania: causas y consecuencias”, *Agenda Pública*, 8 febrero 2024.
- I. Petrenko, D. Levus, P. Oleshchuk, O. Kushch: “Focus Ucrania: En busca de una nueva estrategia para ganar una guerra prolongada”, *Agenda Pública*, 14 febrero 2024.
- I. Petrenko, D. Levus, P. Oleshchuk, O. Kushch: “Focus Ucrania: La desproporción de recursos de las partes beligerantes obliga a Ucrania a tomar decisiones no convencionales en la guerra”, *Agenda Pública*, 20 febrero 2024.
- S. Plokyh: *La guerra ruso ucraniana. El retorno de la historia*, Península, Barcelona, 2023.
- M. Pröbsting: “Rusia: potencia imperialista o ‘imperio hegemónico en ciernes’”, *Sin Permiso*, 10 febrero 2024.
- M. Roberts: “Ucrania: dos años después, sin final a la vista”, *Sin Permiso*, 25 febrero 2024.
- Transatlantic Dialogue Center: “2 años después de la invasión. Manual”, www.tdcenter.org, febrero 2024.
- S. Wolff, T. Malyarenko, B. Murcetic, V. Ishchenko: “Guerra en Ucrania: corrupción, tensiones y el papel de la izquierda. Dossier”, *Sin Permiso*, 25 febrero 2024.



**Asociación para las
Naciones Unidas
en España**
United Nations Association of Spain

MARZO 2024

Publicado por



**Asociación para las
Naciones Unidas
en España**
United Nations Association of Spain

Con el apoyo de



**Generalitat
de Catalunya**

ANUE no hace necesariamente como suyas las opiniones expresadas por sus colaboradores.
